

# «¿Quién es ésta que sube, cual aurora naciente?»...

POR JOSEFINA DE LA MAZA

ANA y Joaquín devanan el hilo de sus vidas con infinita tristeza. Ana y Joaquín —del real linaje de David y de la familia sacerdotal de Aarón—, no tienen hijos. En todo Israel no había matrimonio más bueno, más encantador, más noble. Y ya han alcanzado la frontera de la vejez sin que en su casa florezca la risa y el llanto de una criatura. Cada día que amanece, cada hora que el sol madura, es una cruel realidad para el corazón de Ana. Joaquín la ve sufrir y sufre a su vez el baldón que para todo hebreo suponía la esterilidad.

Rezan Joaquín y Ana con todo el corazón:

—Danos, Señor, un hijo, mándanos una criatura de nuestra sangre: te le ofrecemos para tu servicio, Señor; le criaremos para tu gloria, pero envíanosle, por tu amor.

Y pasaron hasta veinte años, y Ana ya tenía surcos en el entristecido rostro, y la cabellera abundante se le iba encaneciendo, y su caminar se hacía más lento, y la mirada perdía su brillo; iba, en fin, perdiendo la juventud, y con ella la esperanza del hijo. Pero rezaban tanto Ana y Joaquín, y ayunaban y daban limosnas sin cansarse nunca de pedirle a Dios la gracia inefable, que

un día Ana sintió cerca de sí como un batir de alas milagroso. No eran palomas, ni eran golondrinas, ni eran ruiseñores, que era un ángel el que estaba allí, cerca de la mujer entristecida; un ángel de alas poderosas, de vestiduras blancas, un ángel que, con una voz extraña y dulce —la dulce y extraña voz de los ángeles— le dijo que Dios había escuchado sus ruegos y que muy pronto iba a ser madre.

Se quedó Ana en pasmo, y tan llena de susto y alegría, que cuando Joaquín entró en su cámara la encontró quieta, con las manos apretadas y juntas contra el seno, silenciosa y con una expresión como de otro mundo, de otro mundo mejor:

—Joaquín, esposo mío..., un ángel ha llegado hasta aquí y me habló...

La interrumpió Joaquín: poco dado a las fantasías femeninas, tocó la frente de su esposa, allí donde siempre los maridos piensan que la mujer tiene fiebre o sueña locuras:

—¿Que te habló un ángel, dices...?

Y ella siguió, como si no hubiesen interrumpido:

—Un ángel me habló y me dijo que Dios